

LETRAS

Apuntes sobre la poética del paisaje

El paisaje poético es un estado espiritual. Pero, en el misterio de la poesía, la gravitación del espíritu hacia la tierra es tan decidida y plena que se funden, sin distinción posible, lo material y lo espiritual. Ocurre aquí un nudo cósmico, una de esas apretadas mallas en que se traban las impetuosas corrientes de la vida. Todos los ingredientes del paisaje natural (luz, color, cielo, grandeza, figura, movimiento, vida, cultivo) (1) están articulados, por bisagras de recuerdos, a imágenes o sentimientos que componen, en nuestra alma, paisajes psíquicos, a materialización posible, si este ensamblaje no les diese cuerpo y humanidad.

Cuando en la poesía trasparece un determinado paisaje natural, lo hace como signo anímico o, de lo contrario, es mera descripción fría. Si una simple superposición de elementos paisajísticos puede alcanzar calidad poética, es porque lleva embebida esta savia espiritual. Antonio Machado, manejó tales aparentemente sencillas enumeraciones con singular maestría:

Campo, campo, campo.
Los olivos grises,
los caminos blancos.
El sol ha sorbido
la color del campo;
y hasta tu recuerdo
me lo va secando
este alma de polvo
de los días malos.

(Tierra de olivar, IX.—Nuevas canciones)

En ocasiones, hasta el puro *clima* o *tiempo*, que pueden separarse perfectamente del paisaje como objeto de contemplación estética, puede no obstante determinar una vivencia que se trasvase poéticamente:

Al pasar el puerto,
se le ceñía la capa,
se le volaba el sombrero.
El corazón desgredado
tenía, al pasar el puerto. (2)

(1). Véase José María Sánchez de Muniain. *Estética del paisaje natural*. Consejo Superior de Investigaciones Científicas. Publicaciones «Arbor».—Vol. II.—Madrid, 1945. (Segunda parte, páginas 131 y siguientes).

(2). Antonio Machado publicó estos versos que aquí cito en una revista, como final de una composición incluida bajo el título de «Campo» en su libro «Nuevas canciones» (Editorial Mundo Latino. Madrid 1924), pero en este libro no figuran estos últimos versos.

Por eso digo que es la corriente cósmica la que lleva el paisaje al alma y le trae de ella. No hay una frontera nítida que separe al contemplador de lo contemplado, de modo que, al gozar estéticamente del paisaje difundido en un poema, nos corren por el alma los ríos, nos baten los mares, nos rumorean los bosques o nos silencian las fuentes y los oteros, transfundiendo a nuestro espíritu las fuerzas de la naturaleza que en el paisaje se estetizan.

No se trata, pues, de un sentimiento del paisaje, éste que corre con poderosa fuerza por toda la literatura moderna a partir del romanticismo, sino que todo el paisaje es puro sentimiento que se apoya sobre los elementos físicos arriba enumerados, y acaso sobre otros que pudieran añadirse, como la profundidad o el aire o la vestimenta de las estaciones. Todos los sentidos, en magnífica jornada venatoria, aprésan los datos físicos sobre los que se elabora el paisaje estéticamente humano por donde se filtra la emoción poética. Lo que sea el conjunto de esos elementos físicos en sí, con independencia del hombre, no podemos ni siquiera sospecharlo. Baste considerar que sin el sentido que le da el espíritu, carecerían de toda significación; y si se acepta que la poesía es mensaje, no podría constituirse en poesía, pues todo mensaje es, por esencia, significativo.

Encuentro corrientemente tres posiciones del poeta ante la espacialidad del paisaje: o se abarca la *totalidad paisajística* cerrada por un horizonte sensible, o se recoge *parcialmente* o *en detalle*.

Los «Campos de Castilla» del mismo Machado o la actual poesía de Vicente Aleixandre nos ofrecen con frecuencia la totalidad del paisaje:

¡Las figuras del campo sobre el cielo!

(Campos de Soria).

El sol cansado de vibrar en los cielos
resbala lentamente en los bordes de la tierra,
mientras su gran ala fugitiva
se arrastra todavía con el delirio de la luz,
iluminando la vacía prematura tristeza.

(Poderío de la noche.—Sombra del Paraíso).

El *paisaje parcial* abarca un conjunto pero no total, como puede ser un huerto, un río o una fuente:

Un huerto en tierra de rojez materna
estrellado de frutas ya maduras,
donde el laurel perfuma las alturas
y el agua es mármol sobre piedra eterna,
donde bate los aires templadores
en sol plumado la paloma tierna,
mientras la abeja melifica flores.

(Dionisio Ridruejo. Adolescencia.—Primer libro de Amor).

El *paisaje en detalle* puede reunir dos o tres elementos, en cuya combinación y adecuación descansa la posibilidad estética, o concentrarse monádicamente en un solo objeto del paisaje, como una flor, en cuyo extremo de singularidad, el paisaje propiamente dicho desaparece. También desaparece el paisaje si se abarca la totalidad cósmica, de la que no tenemos percepción sensible, sino artificialmente reconstruída sobre ideas abstractas, pues todo paisaje propiamente descansa sobre percepciones sensibles, sobre lo intuitivamente vivido. Esta de-

saparición del paisaje en los extremos máximo y mínimo de sus posibilidades, no se debe a los datos físicos, sino a las formas humanas de captación, del mismo modo en la intelección lógica, el concepto transcendental supremo de *ser* carece de comprensión y los conceptos individuales, de extensión.

El paisaje en detalle puede aparecer como accidental o esencial a la totalidad del poema. Recuerdo una magnífica iniciación de Antonio Machado:

Húmedo está, bajo el laurel, el banco
de verdinosa piedra.

(Galerías, XCI).

Con dos elementos—laurel y banco—más una sensación climática que crea el espacio y su tono vital—la humedad—, todo el paisaje se revela en este sobrio, escueto conjunto. Una acuidad particular, sensorio-anímica, más del sistema nervioso en conjunto y del alma, en su unión personal, que de los mismos órganos de los sentidos, es la que permite esta precisa captación. Su traslado en cifra poética es ya cuestión del *ángel* de cada poeta.

En la manifestación de un sentimiento poético con elementos paisajísticos cabe que el paisaje ocupe el centro del poema o que quede como acompañamiento y tono secundario de un estado de alma. Así la melancolía del crepúsculo otoñal en estos versos:

Hay crepúsculos lentos en que la vida queda,
a orillas de sí misma, agudamente atenta
a ese vago rumor de primavera antigua,
de palabra que ignora la forma de unos labios.

(Ildefonso M. Gil.—Los poemas del Otoño,
I.—Poemas de dolor antiguo. Adonais, XX).

En este caso extremo, la manifestación del paisaje como un estado del espíritu, según al principio afirmábamos, se hace patentísima. Pero, aún en el caso opuesto, de una pura paisajización poética, como es frecuente en los citados «Campos de Castilla» de Machado, el estado espiritual permite solamente la poetización del paisaje. La intromisión de la subjetividad suele ser en este caso muy breve, al final del poema, o púdicamente velada en algún adjetivo disimulado en el conjunto; o más aún, puede ocurrir que se eluda por completo, sin que la presencia del espíritu desaparezca. En este caso, sin duda, la carga emotiva que el poema soporta puede desaparecer para el lector, si no se acierta con una expresión logradísima y de validez universal, que amplíe, sin más explicaciones, la vivencia del poeta. Si se conoce la vida o la personalidad de éste, un mero rasgo paisajístico objetivo basta, sin embargo, para despertar la emoción poética. No es lo mismo leer este apunte de Machado:

«Ya habrá cigüeñas al sol
mirando la tarde roja
entre Moncayo y Urbión».

conociendo sus goces y dolores por tierras sorianas que sin conocerlos.

Los tipos de paisajes y los sentimientos con ellos relacionados—sublimidad, apacibilidad, inquietud, ternura, abandono, recuperación y tantos otros—pueden dar lugar a muy largos y sabrosos estudios que, en relación con lo apuntado aquí brevemente y con otras sugerencias, constituirían la *Poética del paisaje*, para cuya elaboración tendrían que unirse la minucia del erudito, el gusto de un lector apasionado y la más fina sensibilidad poética y humana.

EUGENIO FRUTOS.